

ROCÍO CARMONA

Lo que sucedió cuando  
me rompiste el corazón



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2018

© 2018, Rocío Carmona Fernández

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-16634-98-9  
Código IBIC: FA  
DL B 24275-2017

Diseño de interiores:  
Agustí Estruga

Composición:  
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)  
[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión:  
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)  
Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Alguien a quien amé una vez  
me entregó una caja llena de oscuridad.  
Tardé años en comprender que, eso,  
también era un regalo.

MARY OLIVER



# Índice

## UNO

### *Lo que sucedió cuando no quería ver*

1. <i>Chocolate con menta</i> . . . . .	13
2. <i>Mil maneras de echarle de menos</i> . . . . .	22
3. <i>Aprender a caer</i> . . . . .	25
4. <i>El agujero negro de los besos</i> . . . . .	34
5. <i>El arcoíris dorado</i> . . . . .	36
6. <i>La tienda de ramen</i> . . . . .	44
7. <i>Running Like a Girl</i> . . . . .	50
8. <i>El poder</i> . . . . .	57
9. <i>De chakras, cristales y bloqueos</i> . . . . .	60

## DOS

### *Lo que sucedió cuando te odié*

10. <i>I hate you but I love you</i> . . . . .	75
11. <i>Pajarillo</i> . . . . .	77
12. <i>Whenever Life Sucks</i> . . . . .	87
13. <i>Acuerdo número tres: no hagas suposiciones</i> . . . . .	93
14. <i>Break Up Sessions</i> . . . . .	97
15. <i>El coleccionista de corazones</i> . . . . .	108
16. <i>En el limbo</i> . . . . .	117
17. <i>Agua</i> . . . . .	127

18. Invisible Girl . . . . .	136
19. <i>Bailar bajo la lluvia</i> . . . . .	142
20. Love and Flow Party . . . . .	148

**TRES**

*Lo que sucedió cuando quise volver atrás*

21. <i>Me/te echo de menos</i> . . . . .	163
22. <i>¿Al volante de la vida?</i> . . . . .	165
23. Kintsugi . . . . .	170
24. Haragei . . . . .	180
25. <i>IN_SIDE</i> . . . . .	182
26. <i>La melancolía del cambio</i> . . . . .	191
27. <i>Dos citas líquidas</i> . . . . .	194
28. <i>Una cáscara vacía</i> . . . . .	204
29. <i>No puedo vivir sin ti</i> . . . . .	212
30. <i>Ascensores suben, lágrimas bajan</i> . . . . .	220

**CUATRO**

*Lo que sucedió cuando caí*

31. <i>El perro negro, la taza rota y las orugas malvadas</i> . . . . .	237
32. <i>La cara oscura de la Luna</i> . . . . .	254
33. <i>Catbar</i> . . . . .	258

**CINCO**

*Lo que sucedió justo después*

34. <i>Invisible Anymore</i> . . . . .	267
35. <i>Causalidades</i> . . . . .	274
36. <i>Corazones rotos</i> . . . . .	282
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	293

## UNO

### *Lo que sucedió cuando no quería ver*

–No estaba llorando por lo de las madres –dijo muy indignado–. Lloraba porque no consigo pegarme a mi sombra. Además, yo nunca lloro.

J. M. BARRIE, *PETER PAN*



## *Chocolate con menta*

Alguien dijo una vez que cuando te encuentras nadando entre dos orillas lejanas y nadie puede verte desde ninguna de las dos, en realidad es como si no existieras.

Así me sentía aquella tarde de principios de junio mientras caminaba sin rumbo por las calles del Ensanche barcelonés. Invisible. Sin sustancia. Un fantasma cansado de nadar hacia ninguna parte y desprovisto de ilusiones.

Llevaba una hora dando vueltas por el vecindario sin animarme a emprender el camino de vuelta a casa. A pesar de que el verano aún no había comenzado, hacía un calor untuoso que me pegaba el vestido a la piel.

La jornada en la agencia había sido agotadora. Solo la perspectiva de encerrarme entre las cuatro paredes mal pintadas de un apartamento que me parecía más vacío que nunca me mantenía caminando a pesar de la incomodidad. Había hecho siete visitas entre la mañana y la tarde, incluso me había saltado la hora de comer, y aun así no había sido capaz de cerrar ni una sola venta. Sabía que si las cosas continuaban igual, el dueño de la inmobiliaria iba a despedirme en cuanto acabara mi período de pruebas. Pero ni siquiera la certeza de verme en la calle me insuflaba la energía neces-

ria para tratar con los clientes. Mucho menos para convencerles de que nuestros últimos tres dúplex en la zona alta no solo tenían los mejores acabados del mercado, sino que eran una magnífica inversión de futuro.

Futuro. Quizá el problema era que yo ya no era capaz de imaginarme ninguno. Como los caballos, capaces de oler el miedo en la piel de sus jinetes, las parejas adineradas que venían a visitar los pisos que les mostraba solo veían una cosa dibujada en mi rostro: fracaso. Y como todo el mundo sabe, el fracaso no vende.

Pensaba en todo esto cuando un chasquido seco me sobresaltó. Un grupo de niños reía mientras hacían explotar unos petardos pequeños sobre la acera. Mientras esquivaba los restos de papel y de pólvora con cuidado de no ensuciar mis sandalias blancas, me di cuenta de que en pocas semanas se iba a celebrar la verbena de San Juan. «Lo que faltaba», pensé. Aquella había sido desde siempre mi fiesta favorita. El solsticio de verano. Una noche mágica llena de buenos presagios para la estación del año con más posibilidades. Pero esta vez ni siquiera tenía con quién celebrarla.

Habían pasado tres semanas desde mi ruptura con Álex. Veintiún días. Dicen los expertos que ese es el tiempo que una persona necesita para romper un hábito e instaurar otro nuevo. Pero yo me sentía rota por dentro y el paso del tiempo solo había servido para acentuar mi dolor. Tenía la sensación de que todavía no había cortado ninguno de los hilos invisibles que me unían a él y, si cerraba los ojos, podía verlos como si fuesen reales. Eran unos pequeños conductos, parecidos a diminutas mangueras plateadas, que unían dos burbujas enormes que rodeaban nuestras siluetas. Mi bur-

buja era de un color azul cercano al púrpura. La de Álex, de color amarillo naranja, se encontraba siempre en movimiento. Uno de los hilos apuntaba hacia nuestras cabezas y las conectaba; otro, hacia nuestros corazones; otro, a nuestros vientres. Los hilos se habían secado. Ya no brillaban, y por ellos solo podía circular un líquido viscoso y oscuro, viciado de pena y arrepentimiento. Pero ni siquiera la visión de aquella sustancia enrarecida me hacía sentir capaz de cortarlos.

Al recordar ahora aquella última noche, cuando todo mi mundo había cambiado, volví a sentir la habitual oleada de náuseas que precedía al pellizco en el estómago que precedía a la ansiedad. Me detuve en mitad de la acera, ignorando las explosiones en miniatura de los petardos de los niños, y traté de contener mi angustia tal y como la terapeuta me había enseñado. Respiré profundamente por la nariz y mantuve el aire dentro de mis pulmones todo el tiempo que pude. Luego, empecé a expulsarlo lentamente por la boca. Mientras lo hacía, trataba de recordarme a mí misma que lo que estaba sucediendo solo era una manifestación de estrés. «No vas a morirte de un ataque de pánico», me aseguraba en silencio. Pero al intentar moderar el flujo de mi espiración, de repente sentí que me ahogaba. Boqueé y noté un fuerte mareo que me obligó a cerrar los ojos. Y entonces, sin que pudiera hacer nada por detenerlas, las imágenes de siempre invadieron mi mente, una película mil veces proyectada.

Sucedió una noche de mayo. Un pintor amigo de Álex nos había invitado a la inauguración de una exposición suya. El cóctel empezaba a las ocho en una galería del barrio del Borne y yo ya llevaba media hora esperándolo. Aún podía recordar el olor del local: una mezcla de perfume caro,

burbujas de champán y pintura al óleo seca. La temperatura de la sala era muy alta y al poco rato empecé a sentir calor. Consulté el móvil y vi que Álex no había recibido mi último mensaje. ¿Dónde demonios se había metido? Llevaba semanas raro, pero cuando le preguntaba qué sucedía siempre lo achacaba a su trabajo.

Álex era actor. Siempre que había un estreno a la vuelta de la esquina se ponía nervioso, aunque era mucho peor en los períodos de sequía entre trabajo y trabajo. Cuando eso sucedía, a menudo se encerraba en un silencio hermético que me volvía loca, pues no soportaba sentirlo tan lejos. Ahora, estaba a punto de empezar a grabar un episodio piloto para una serie de la televisión autonómica, toda una oportunidad que hacía mucho tiempo que esperaba. Supuse que una vez que la serie empezara a funcionar las cosas volverían a la normalidad y él volvería a ser el de siempre. «Todo va bien, gatita. Te quiero», me había asegurado aquella mañana antes de marcharse al ensayo. Me llamaba así porque decía que la forma triangular de mi cara le recordaba a la de un felino. A mí me gustaba el apodo y solía firmar mis mensajes con un coqueto «miau».

Eran casi las diez cuando volví a comprobar mi teléfono: nada. Harta del calor y de pasearme entre desconocidos mientras escuchaba retazos de sus conversaciones, decidí subir a la terraza del edificio, un palacete de estilo modernista, para esperarle allí. Al llegar arriba me sorprendió el silencio. La plaza estaba desierta y tan solo se oían algunos cláxones lejanos, además del arrullo suave de una paloma solitaria refugiada en uno de los aleros del edificio. La humedad de la noche me refrescó las mejillas encendidas y

la nuca. Mientras suspiraba, aliviada por haberme librado de la multitud de la fiesta, me apoyé sobre la barandilla de mármol y miré hacia abajo.

Lo que vi me congeló el corazón.

Álex atravesaba la pequeña plaza que conducía al palacete. Vestía la chaqueta de pana verde botella que tan bien le sentaba y un bonito fular de lana que no reconocí. Parpadeé con incredulidad al darme cuenta de que iba de la mano de una chica. Los dos reían y caminaban muy juntos con la complicidad propia de cualquier pareja. Distinguí de inmediato la melena rizada de ella, diferente pero similar a la mía, que parecía flotar en el aire fresco de la noche, así como sus rasgos afilados. Al reconocerla, sentí como si me hubieran golpeado en el pecho e instintivamente di un paso atrás. Entonces, Álex y Sofía, su compañera de reparto en la nueva serie, se detuvieron a unos metros del amplio portal. Él la abrazó por la cintura con delicadeza, le acarició el cabello. Luego le levantó la barbilla con un dedo y la besó en los labios. Dejé de respirar, pero no podía apartar mis ojos de ellos, como cuando viajas por la autopista y pasas por delante de un accidente de coche y, aunque sabes que no debes mirar, no puedes desviar la vista del desastre. Durante un instante, el pensamiento delirante de que los dos hacían una pareja muy bonita cruzó mi mente.

Luego el beso terminó, y el mundo se detuvo. Mis pulmones parecieron perder la capacidad de llenarse de aire y mi corazón la de bombear sangre a mis arterias. Sentía los brazos y las piernas entumecidos, como si en lugar de contener tejidos y sangre estuvieran llenos de aire. Lo mismo que mi cabeza. Parecía que una enorme burbuja caliente hubiese

ocupado el lugar del cerebro. Me tambaleé aturdida y sentí que caía hacia atrás, sin remedio, hacia el interior de un agujero negro. Pero no me caí. Mientras Álex se apartaba de Sofía y se dirigía al portal para entrar en la fiesta solo, di media vuelta y escapé corriendo por la escalera de incendios.

La microexplosión de otro petardo tuvo la virtud de sacarme de mi estado de estupor. Todavía me costaba respirar y sentía como si el océano entero se hubiera metido en mis oídos, pero abrí los ojos y me alejé como pude de los niños y del peso de mis recuerdos.

Hacía quince días, justo una semana después del gran *crash*, que había empezado a consultar a una psicóloga, pero por ahora no notaba ninguna mejoría. Lo cierto era que tampoco estaba haciendo mucho caso de sus indicaciones. Ella insistía en la importancia de «sacar afuera» todos mis sentimientos. Quería que los escribiera en un papel, incluso que les diera la forma de cartas imaginarias. Unas cartas dirigidas a Álex que él nunca recibiría pero que, según la terapeuta, servirían para aclarar mis sentimientos, avanzar en mi duelo y dejarlo ir. Tras dos semanas yendo a su consulta cada dos días y sintiéndome incapaz de escribir nada, Elisabeth, la psicóloga, había sugerido que quizá lo que sucedía era que, en realidad, yo no quería desvincularme de mi ex.

Aquella idea me sublevó. No quería tener nada que ver con aquel desgraciado que no solo me había traicionado, sino que me había robado toda la alegría y mi confianza en la vida.

–Pero te resistes a escribir esas cartas –insistía Elisabeth–. Y sin eso, no puedes avanzar. Dime, ¿es que quieres seguir ligada a él? Puede pasar, y podemos hablar de ello.

–No he encontrado el momento –objetaba yo– pero eso no quiere decir que no desee hacerlo. Las escribiré.

–Muy bien. Llámame cuando lo hayas hecho, ¿de acuerdo?

Pero no la había llamado.

Pasó otra semana y yo seguía estancada. En el trabajo iba de mal en peor, y en casa no hacía más que llorar y comer toneladas de helado de chocolate con menta. Aquel era uno de mis rituales favoritos con Álex. Antes de subir a casa para ver una serie o una película después del trabajo, parábamos a comprarlo en una heladería artesana del barrio. A menudo era él quien lo traía si yo me olvidaba.

Cuando rompimos empecé a comprar el helado por mi cuenta. Primero por inercia, luego como un gesto nostálgico al que me entregaba con cierto placer doloroso. Cada noche atracaba la nevera, me sentaba delante de la tele y me comía una o dos tarrinas. Por culpa de eso los pantalones empezaron a apretarme, pero no me importó.

A punto de llegar a casa con el vestido de algodón completamente empapado por el sudor, decidí hacer una parada técnica precisamente en la heladería. La noche antes había terminado todas mis provisiones y, con aquel calor, nada me apetecía más que una buena ración de sofá, chocolate con menta y una película con la que noquear mis oscuros sentimientos de derrota y traición. Algunas veces seguía todo el ritual para fingir que nada había cambiado en mi vida.

El dependiente ya me conocía, y nada más verme entrar en la tienda contrajo su rostro aniñado con una mueca de disculpa.

–Lo siento, querida. Nada de choco-menta hasta mañana por la tarde –declaró mientras colocaba en la nevera un enorme recipiente de leche merengada.

–No puede ser –respondí con incredulidad–. ¡Es tu sabor estrella!

–Precisamente, *amore*. Por eso se ha acabado. Con este calor hoy he vendido tantos helados como si estuviéramos en pleno julio. Pero mañana me traerán más chocolate y por la tarde volverás a tener tu favorito.

–Pero... no puedo... no me queda nada en la nevera... –balbuceé, a punto de echarme a llorar.

Aquello era absurdo, pero sentía que uno de mis últimos asideros al mundo de los cuerdos había desaparecido. Abrí la boca para seguir protestando, pero no sabía qué decir. Lo que yo necesitaba no lo vendían allí, ni tampoco se comía con cuchara.

El vendedor me observaba desconcertado desde detrás del mostrador. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, se mesó el cabello con un gesto amanerado que reconocí de otras veces. Decidí que tenía que irme antes de que las lágrimas fueran incontenibles. Estaba montando una escena por un maldito helado. ¿Se podía ser más patética? Eché a correr, avergonzada, y al darme la vuelta tropecé con una señora mayor que me dedicó una mirada de reprobación.

–¡Con cuidado, nena!

Ni siquiera me molesté en replicarle.

Mientras me apresuraba en llegar a casa con el rostro bañado en lágrimas, no podía evitar pensar que mi vida era un fracaso total. Álex y Sofía ya debían de estar haciendo planes para sus primeras vacaciones de verano juntos mientras

que yo me negaba a aceptar la realidad. Elisabeth tenía razón. Algo dentro de mí se resistía a cambiar la más pequeña de mis rutinas, pues temía, de forma infantil, que si lo hacía él ya nunca encontraría el camino de regreso hacia mí. Porque una parte de mi corazón, una que yo deseaba con todas mis ganas aniquilar, anhelaba que él se diera cuenta de su error y volviera conmigo. Por eso, solo por eso me negaba a escribirle esas malditas cartas y seguía comprando el helado como lo habría hecho él, como si en cualquier momento fuera a llamar a mi puerta para pedirme disculpas. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Por qué seguía enamorada del tipo que me había destrozado la vida y pisoteado mi corazón? ¿Por qué no podía aceptar que él no me quería, simplemente, y seguir adelante? ¿Y por qué tenía que doler tanto?

Al volver la esquina de mi calle, sin poder dejar de llorar, la publicidad de la marquesina del autobús llamó mi atención:

EL DOLOR DE HOY SERÁ LA FUERZA DE MAÑANA

Fuerza. ¡Eso necesitaba! Me acerqué lentamente al anuncio mientras me sorbía la nariz. Además de la frase enigmática, la publicidad exhibía la fotografía de una chica muy guapa, vestida con un top y pantalones cortos de color rosa. Parecía feliz y despreocupada.

No sé si fue la cara de felicidad de la modelo, la promesa de hacer desaparecer el dolor, o el hecho de que en las dos últimas semanas había aumentado casi dos tallas, pero en ese momento tomé una firme decisión: iba a matricularme en el gimnasio de aquel anuncio costara lo que costara.